

Estados Unidos y Japón en la Posguerra Fría

Seizaburo Sato

*C*on la consolidación de la distensión Este-Oeste, ahora más que nunca sale a la luz lo que ya era una realidad latente bajo las condiciones de la Guerra Fría: el paso progresivo hacia la multipolaridad y la interdependencia. En tal contexto, la relación entre Estados Unidos y Japón aparece —tal como se plantea en el presente estudio de Seizaburo Sato—¹ como uno de los ejes definitorios del nuevo orden global.

* * *

EL MANTENIMIENTO Y FUTURO DESARROLLO de la alianza entre Estados Unidos y Japón son fundamentales para la prosperidad y seguridad de ambos países, y tienen decisivas implicaciones en lo que respecta a la estabilidad mundial. El producto nacional bruto combinado de las dos naciones absorbe el 40 por ciento de la producción de bienes y servicios de la tierra. Dadas sus culturas nacionales y experiencias históricas tan diversas, así como sus divergentes posiciones internacionales y capacidades internas, no es fácil para japoneses y norteamericanos cumplir con la tarea de mantener y fortalecer su alianza; pero, de tener éxito, tal misión está destinada a imprimir una huella muy significativa en la historia de la humanidad.

Comentando en alguna ocasión las relaciones entre Gran Bretaña y Estados Unidos, Winston Churchill se refirió al hecho de que eran “dos naciones separadas por un idioma común”. Bajo su aparente gracejo, esa observación tenía por objeto indicar que, cuanto más profundos fueran sus lazos mutuos, tanto más estaban propensos a pelearse y a magnificar, fuera de toda proporción, cualquier diferencia insignificante. En este caso, y parafraseando a Churchill, es posible decir que, “separadas por la amenaza común planteada por la Unión Soviética, por los valores compartidos de libertad y democracia y sus vínculos económicos y culturales cada vez más estrechos, las dos naciones se pelean frecuentemente”. Para un excesivo número de observadores pasan inadvertidos los beneficios y valores que Japón y Estados Unidos comparten y, en cambio, tienden a dedicar mucha más atención a la visión en primer plano de sus incompatibilidades.

Por otra parte, no es de esperar que estos lazos existentes entre japoneses y norteamericanos cambien en el futuro previsible, ni que lleguen a debilitarse tanto como para dejar presagiar un peligro. La democracia liberal

II TRIMESTRE 1991

tiene raíces tan firmes y profundas en ambos países que, salvo que surja una situación realmente catastrófica, resulta inconcebible imaginar que vayan a renunciar a los valores que abarcan sus respectivas concepciones de la libertad y la democracia.

Puesto que Japón y Estados Unidos son los dos grandes líderes de la revolución de la información en el mundo, es probable que el intercambio económico y cultural entre ellos aumente en lugar de disminuir en los años por venir. La democracia y la economía de mercado no funcionan exactamente igual en cada uno de estos países, lo que origina el riesgo perpetuo del malentendido y los prejuicios mutuos. Por otra parte, un mayor intercambio tiende a incrementar las incompatibilidades, pero esas fricciones y conflictos son fundamentalmente manejables, como ya se ha visto en la más reciente historia de las relaciones de Japón con Estados Unidos.

Por el contrario, el trato entre Occidente y la Unión Soviética ha comenzado a mostrar cambios notables. No obstante, es casi evidente que la amenaza soviética, en lo que concierne al Pacífico noroccidental, seguirá persistiendo por largo tiempo.

En el plano de la intuición, es imposible pasar por alto algunas de las señales emergentes que presagian problemas con respecto a la alianza Japón-Estados Unidos. No pocos ciudadanos norteamericanos consideran que la rápida expansión de la economía japonesa representa un peligro. Entre ellos, los llamados revisionistas apoyan abiertamente la idea de que los sistemas políticos y económicos del Japón son cualitativamente distintos de los de Europa y Norteamérica, y algunos aseguran, además, que los nipones no comparten los valores occidentales de la libertad y la democracia. A su turno, estos reparos han fustigado el sentimiento nacionalista japonés y alimentado así sus latentes sentimientos antinorteamericanos. Por el momento, sin embargo, esta reacción en cadena sigue manteniéndose relativamente refrenada por la diáfana trascendencia de las íntimas relaciones que, a través de múltiples canales, existen entre los dos países. No obstante, de llegar a prevalecer esos tácitos sentimientos negativos, el riesgo de una grave fisura en la alianza se hace evidente.

La polarización del punto de vista del público con respecto a su forma de percibir la amenaza soviética sería más seria aún que cualquier hostilidad y malentendido resultante de las fricciones económicas a que ha hecho referencia. En Europa, Estados Unidos y Japón se ha aseverado que ya ha terminado toda confrontación Este-Oeste, gracias a la diplomacia del "nuevo pensamiento" de Mijaíl Gorbachov. Pero, bajo este razonamiento, no siendo ya un peligro la Unión Soviética, los papeles de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y de la alianza Japón-EE.UU. han terminado. Y esta situación presenta el riesgo de multiplicar las divisiones y las disputas entre ambos y, en un sentido más amplio, dentro de toda la coalición de Occidente. La vieja amenaza ha constituido un factor esencial para mantener unidas a estas naciones, y es prácticamente inevitable que un mie-

do excesivo o un optimismo injustificado en relación con los soviéticos provoque confusiones dentro de la alianza occidental. Si entre los países localizados cerca de la Unión Soviética, y que no constituyen superpotencias militares, se sigue intuyendo que en esa vecindad existe una abrumadora amenaza, como es el caso del Japón y de los países europeos, el derrotismo y el neutralismo tienden a convertirse en las voces dominantes. Por otra parte, si se considera que el peligro parece haberse evaporado, Occidente es susceptible de tomar con ligereza la importancia de mantener su asociación mutua y su estado de preparación en materia de defensa, lo que daría origen a la posibilidad de una división interna con respecto a la forma de compartir las cargas en este sentido. Esta contingencia es real, especialmente en un momento en el que Estados Unidos se ve abrumado por los angustiosos déficits gemelos de su presupuesto y de su comercio.

Con el fin de mantener y desarrollar con más fuerza la alianza entre japoneses y norteamericanos, a ambos les es esencialmente importante compartir las mismas ideas frente a las principales tendencias internacionales, reconocer que tienen enormes intereses comunes y decidirse a distribuir entre ellos, en forma proporcional a sus respectivas posiciones y capacidades, las responsabilidades y las cargas que corresponden al logro de unas metas de mutua conveniencia.

Las principales tendencias

POR NATURALEZA, LAS RELACIONES INTERNACIONALES SON complejas y siempre variables. Hoy en día, sin embargo, cualquier cambio es realmente mucho más significativo. Entre los aspectos más sobresalientes es posible mencionar:

La crisis de los sistemas comunistas

Que la variedad de métodos político-económicos del marxismo-leninismo no funcionan bien es algo evidente para todo el mundo. Alarmados por la inflexibilidad y estancamiento de sus sistemas, los líderes de la Unión Soviética y de otros regímenes leninistas han advertido con agudeza la necesidad fundamental de reformarlos, encaminándose a la búsqueda de mayor libertad y apertura. Será extremadamente importante liberalizarlos y revitalizarlos, puesto que la enorme burocracia, tanto de los partidos comunistas como de sus gobiernos, seguirá luchando tenazmente para conservar sus atrincherados privilegios. Asimismo, los prolongados periodos de represión han perpetuado allí la pasiva actitud popular hacia la autoridad y creado desconfianza en las reformas patrocinadas oficialmente. En el mejor de los casos necesitarán muchos años para alcanzar el éxito, incluso si les va bien en su empeño.

Como resultado, la imagen del marxismo-leninismo como modelo de desarrollo económico está totalmente perdida; y la ascendencia ideológica de las naciones comunistas se ha debilitado en forma fatal para ellas. Por otra parte, las políticas de la Unión Soviética y de China tendrán que ir

I / The Washington Quarterly, verano de 1990.

dirigidas, por mucho tiempo, a lograr metas internas. Por esas dos razones, es muy probable que su influencia sobre el mundo exterior pase a ser más limitada, cautelosa y artificial.

El desarrollo de toda una red de interdependencia

El mundo occidental, como es definido por su sistema político liberal-democrático común, y por su economía del libre mercado, ha mantenido básicamente un régimen abierto de intercambio internacional, bajo el liderazgo de Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial, lo que ha desembocado en una interdependencia económica cada vez más profunda entre las naciones miembros. La reciente revolución de la información y las telecomunicaciones, así como la flexibilidad y la abolición cada vez más amplias de las reglamentaciones oficiales, han tenido como consecuencia un tremendo resurgimiento de las actividades económicas más allá de todos los confines, aumentando así el intercambio recíproco entre todas esas naciones y su penetración en todos los ámbitos de la vida que impliquen bienes, servicios, información y personal. Esta revolución ha propagado la era de la "economía sin fronteras".

Más aún, en esta era los muros que las separan se van volviendo cada vez más bajos y delgados, mezclando y entrelazando inseparablemente las cuestiones domésticas y las relaciones exteriores de todos los países. Las políticas fiscales, monetarias y tributarias, por ejemplo, que por mucho tiempo fueron consideradas como el terreno sagrado de la soberanía nacional, han pasado a ser asuntos internacionalmente negociables, lo que hace imposible que un Estado busque llevar a cabo su propia planeación, no sólo macroeconómica sino también en el campo del bienestar social, sin tomar en cuenta el posible impacto mundial que puedan causar. En este sentido, la era de la economía sin fronteras es también una época de política sin fronteras.

En el área de esta relación económica y cultural que traspasa todos los confines, las empresas privadas y las entidades oficiales locales asumen un papel de creciente trascendencia. No importa hasta qué punto haya logrado progresar esa penetración mutua, ni cuántos actores nuevos entrarán a formar parte de la trama; sigue existiendo el hecho de cada gobierno nacional será fundamentalmente responsable del bienestar de su pueblo. A medida que avanza la interdependencia, el grado en que la economía de cada país es afectada por las acciones y omisiones de los demás aumentará en forma correspondiente e inevitable, provocando serios perjuicios especialmente en los sectores que hayan llegado a perder su competitividad en la arena mundial. Por ende, el fortalecimiento de esa interdependencia traerá consigo, indudablemente, la eventualidad de fricciones económicas internacionales.

La distensión Este-Oeste

Al suavizarse la tirantez entre Occidente y los países del Este se está por dar un gran paso adelante. Hubo un período anterior de distensión a

comienzos de la década de 1970, que en este artículo será denominado como la *Détente* I. Pero el actual, que recibirá el nombre de *Détente* II, está mucho más arraigado y extendido. En primer lugar, se encuentra vinculado a la apremiante necesidad de revitalización económica en la Unión Soviética. Con el fin de resucitar su estancada economía, los soviéticos tienen que decidirse con respecto a una considerable reducción de armamentos, así como en lo que concierne a la adquisición de tecnologías avanzadas e inversiones de capital por parte de las naciones occidentales. Es precisamente por esa razón que el Kremlin desea ardientemente relajar toda tensión con ellas. Por el contrario, la *Détente* I fue esencialmente estimulada por el deseo de ponerle un alto a la desenfadada carrera de las armas nucleares estratégicas emprendida por los soviéticos y los norteamericanos. Por lo tanto, en ese período, las áreas que afectó esa distensión quedaron limitadas a aquellas que eran consideradas como de vital interés para los contendientes. Por un lado, Europa Occidental y Japón, por el otro, el Este europeo. Así, pues, en este contexto quedaba sin control la implacable competencia de ambas potencias por lograr mayor influencia en el Tercer Mundo.

La muerte prematura de esa *Détente* I puede ser explicada en razón de la política soviética de penetración sistemática en esos países, así como por su incontenible apertrechamiento militar a gran escala en campos distintos del armamento estratégico nuclear.

No obstante, en el actual proceso de la *Détente* II, la URSS está tomando una posición muchísimo más positiva y cooperativa que en la anterior reducción de armas y en los conflictos regionales tercermundistas que, sin embargo, tienden a ser recurrentes en relación con problemas ya conocidos en materia de raza, religión y fronteras nacionales. Pese a ello, y mientras los mismos soviéticos pongan freno a su intervención, será mucho más fácil ahora que en el pasado localizar y contener esos conflictos regionales.

De todos modos es todavía más importante el hecho de que la visión que tenía la Unión Soviética de los países occidentales está cambiando. La antigua descripción de un Occidente beligerante, agresivo e imperialista, destinado a fenecer, ha abierto paso al reconocimiento de unas naciones industriales avanzadas, con vibrantes economías y sistemas políticos estables, que desean vivir en paz con sus viejos antagonistas. Esta transformación es también el resultado tanto de haber caído en cuenta de que su sistema marxista-leninista estaba en un callejón sin salida, como de su reconocimiento del vigoroso crecimiento de las economías occidentales.

No obstante, evaluar con excesivo optimismo la *Détente* II sería ir demasiado lejos. Aunque no hay duda de que la actual dirigencia soviética encabezada por Mijail Gorbachov sí está plenamente consciente de la necesidad de reformar el sistema, y de que los líderes soviéticos hacen serios esfuerzos para alcanzar sus metas, no existe ninguna garantía en cuanto al éxito seguro de la *perestroika*.

Aun de llegar a triunfar todos los intentos reformistas, resulta inconcebible que, en un futuro cercano, tanto la política como la economía de la URSS se ajusten a las formas democráticas de gobierno y a la economía de mercado de Occidente. Por otra parte, ya ha fortalecido su gigantesco

poder militar y tiene un gran interés en mantener su posición de superpotencia en ese terreno. Después de todo posee la extensión territorial más grande del mundo, dotada de recursos naturales enormemente ricos. Confiada en ello, la Unión Soviética ha conseguido convertirse en un superpoder militar, pese a las tremendas ineficiencias de su sistema y a los despilfarros que le ha significado su apertrechamiento bélico. Incluso si la *perestroika* se ve abocada a un estruendoso fracaso y se profundiza la crisis económica, pasará mucho tiempo, ciertamente, antes de que los soviéticos se debiliten tanto como para dejar de significar una amenaza militar para Occidente. Por tanto, lo seguirán siendo durante un buen número de años.

La pluralización del poder económico: reciprocidad y un mayor regionalismo.

Durante todo el transcurso de los años 70 y 80, unos cuantos de aquellos que predijeron la declinación de Estados Unidos fueron ganados de mano por estudiosos y eruditos, tanto en casa como en el extranjero. Indudablemente, la abrumadora situación de absoluta supremacía militar y económica alcanzada al finalizar la Segunda Guerra Mundial en relación con el resto del mundo (incluida la Unión Soviética), hizo crisis en la década de 1970. No obstante, sería incorrecto interpretar esta tendencia dentro del marco de la multipolarización o de la sucesión del poder entre Estados hegemónicos.

En primer lugar, el globo sigue siendo bipolar en el aspecto militar, en el hecho de que tanto los norteamericanos como los soviéticos continúan poseyendo un poder bélico muchísimo más fuerte que el de los demás países del mundo. Por tanto, dentro del futuro previsible, es improbable que surja una tercera potencia, ya sea entre los países avanzados de Occidente o entre los más importantes del Tercer Mundo, como China o India, capaz de convertirse en un rival militar efectivo. Por otra parte, la superioridad de Estados Unidos fue fortalecida por un apertrechamiento de armas energéticas que se inició en los últimos años de la administración de Jimmy Carter y continuó a ritmo acelerado bajo la de Ronald Reagan. Uno de los factores más decisivos que presionaron a los soviéticos a llevar a cabo una serie de negociaciones sobre reducción de armamentos, comenzando con la abolición total de las Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (INF), fue la recuperación de la relativa ventaja militar norteamericana frente a la URSS.

En segundo lugar, no existe evidencia de que el peso proporcional de Estados Unidos en la economía mundial haya sufrido una nueva caída grave en los últimos años, pese a que es posible observar una cierta declinación al comparar el período anterior a la década de 1960 con el posterior. Es dable ampliar este punto al establecer que, a la vuelta del siglo XX, la economía estadounidense ya ocupaba una cuarta parte de la del mundo entero, y esta proporción se ha visto escasamente alterada desde entonces. En lugar de enfocar la atención en el extraordinario período inmediatamente siguiente a la Segunda Guerra Mundial, sería más importante fijarla en la fuerza fundamental de la economía de Estados Unidos que se ha mantenido por casi un siglo completo. Asimismo, no existen señales de decadencia en su

capacidad de innovación tecnológica, comparada con la de otros países avanzados, con excepción de Japón.

Pero el problema real consiste en que ha tenido lugar un cambio significativo en las posiciones económicas recíprocas de Estados Unidos y Japón durante los últimos años. Ello es particularmente notorio tanto en las finanzas como en la manufactura. Desde 1985, el yen japonés se ha revaluado casi en un 100 por ciento en relación con el dólar. No más esto significa que la proeza financiera de los nipones se ha duplicado, desde el punto de vista de la moneda norteamericana. Sin embargo, mientras la revaluación de esta última en la primera mitad de la década de 1980 desembocó en una depresión de las industrias norteamericanas, si la subida repentina del valor del yen llegare a tener un efecto similar en la economía japonesa no pasaría mucho tiempo sin que el inflado poder de las finanzas japonesas reventara como pompas de jabón.

La economía del Japón, que logró enfrentar exitosamente los desafíos de las dos crisis del petróleo en los años 70, no obstante ha logrado superar el impacto de la última revaluación del yen mediante esfuerzos concertados en el campo de la innovación tecnológica y empresarial, que ha contribuido a agregarle más fuerza a su base industrial.

Al confrontar el nuevo reto que plantea Japón, Estados Unidos ha estado tratando de reaccionar con renovados bríos para restaurar su competitividad económica internacional y, al mismo tiempo, contrarrestar la marea imponiendo estrictas medidas de reciprocidad y regionalismo. El principio de la reciprocidad, como es aplicado en el real sentido de la palabra por los norteamericanos, va más allá del tratamiento nacional (la reciprocidad en el sentido tradicional), bajo el cual debe darse a las compañías extranjeras los mismos derechos y privilegios de que gozan las locales, para exigir que otros países que comercian utilicen las reglas de Estados Unidos también en sus propios mercados internos. Si no las acatan, los ofensores se verán enfrentados a una nueva jugada que les restringe la entrada al mercado estadounidense al que ya tenían acceso.

El ya famoso artículo 301 de la Ley de Comercio (*Trade Act*) no prescribe nada que deje de lado este planteamiento retaliatorio. Habría que notar que un instrumento vengativo como éste puede ser empleado efectivamente sólo por una nación con un mercado interno excepcionalmente amplio, como el de Estados Unidos. Por ende, en esta época de interdependencia, difícilmente otros países pueden encontrar una contramedida eficaz cuando el principio de la reciprocidad estrictamente es interpretado y aplicado. Indudablemente, éste es un privilegio que gozan únicamente las naciones muy poco vulnerables. Estados Unidos ha celebrado el Acuerdo de Libre Comercio (*Free Trade Agreement*) con Canadá y, mediante la expansión del tamaño de su mercado interno vigente, reduce así su propia debilidad en forma tal que pueda aumentar todavía más la efectividad de sus acciones retaliatorias.

Frente al creciente poder económico de Japón y a la insistencia norteamericana en cuanto a la reciprocidad y el regionalismo, los países de la Comunidad Europea están tratando de contrarrestar el reto a través del for-

talecimiento de sus propias posiciones, mediante la consolidación final, para 1992, de su proceso de integración. Es posible concluir que la pérdida de la superioridad económica absoluta de Estados Unidos ha abierto la puerta a una corriente de cambios, en la que el principio del intercambio libre y no discriminatorio que caracterizó el orden comercial de la posguerra está siendo reemplazado por el principio de la reciprocidad y de un mayor regionalismo.

Sin embargo, este principio de la reciprocidad y de un mayor regionalismo no necesariamente es sinónimo de proteccionismo. Puede tener el efecto de abrir los mercados de aquellos países que continúan restringiendo el acceso. Entretanto, no obstante, es muy probable que la escalada mutua de acciones vindicativas fustigue las tendencias proteccionistas existentes entre las superpotencias económicas. Muy posiblemente, el peor perjuicio recaerá sobre los jugadores menos ricos, que quedarán desprovistos de recursos retaliatorios y a los que se les negará la oportunidad de participar en la conformación de un mayor regionalismo. Por consiguiente, tanto éste como la reciprocidad han sido planteados para que traigan consigo una expansión de la disparidad presente y el empeoramiento de la confrontación Norte-Sur. Por otra parte, si el principio de la reciprocidad llegara a ir más allá de la búsqueda de un acceso a mercados equivalentes y exigiera el igualamiento de la participación cuantitativa real de cada país en las plazas, sería lo mismo que arrojar por la ventana el sistema del libre mercado, abriéndole así la puerta a un mundo de intercambio manejado.

La declinación de las rivalidades de poder

Pese a estos peligrosos elementos, la tendencia actual hacia la reciprocidad y el regionalismo parece representar pocos peligros en cuanto a precipitar algo similar a la formación de bloques económicos como los de los años 30.

La red de interdependencia e interpenetración ha unido ya a los países avanzados de Occidente, a las nuevas economías industrializadas (NIEs), y a muchos otros países en desarrollo hasta el grado de que ya no será posible volver a cortar los lazos. Asimismo, unas relaciones mutuamente dependientes cada vez más profundas, una mayor urbanización y el mejoramiento de los niveles de vida, junto con el temor ante el espantoso incremento de la capacidad destructiva de las armas, han hecho que finalmente las guerras pierdan sentido como recurso racional para promover los intereses nacionales. Este es el proceso formativo de lo que Kenneth Boulding llamó "la condición de la paz estable", al no ser ya pertinente el belicismo, condición que ha tenido lugar ante todo entre las naciones occidentales, pese a ser diferente la situación del Tercer Mundo (como es patente en el caso iraquí). Indudablemente, un cambio semejante no deja de tener profundas implicaciones en la historia del hombre.

Y, al igual que las relaciones humanas, las internacionales pueden dividirse en dos tipos: el de la situación en la que un bando pierde si gana el otro y prevalece la regla de cero a uno; y aquel en donde todos los parti-

cipantes terminan obteniendo netas ganancias y predomina la norma de los resultados positivos. Desde este contexto emergen las dos siguientes maneras de percibir las relaciones internacionales: la primera consiste en hacer hincapié en los aspectos cero a uno de las relaciones internacionales vigentes como la suma total de rivalidades, confrontaciones y compromisos urgentes y temporales de los países soberanos que contienen. Por el contrario, la segunda manera hace énfasis en los resultados positivos que pueden darse en la vida internacional, tales como la existencia de peligros o amenazas comunes, el crecimiento de la economía más allá de todas las fronteras, y la proliferación de las actividades culturales. Es representada por la llamada "teoría de la interdependencia".

Por tanto, cuando predominan las rivalidades militares y las confrontaciones, las relaciones tienden a estar orientadas hacia la regla de cero a uno, y la primera alternativa pasa a revestir un interés avasallador. En contraste, cuando prevalece el intercambio económico y cultural, la propensión a buscar los aspectos positivos se autofortalece en la conducción de los vínculos internacionales, dando un mayor ímpetu a la teoría de la interdependencia. Actualmente subsiste todavía una pronunciada tendencia hacia el primer tipo de relaciones de cero a uno entre el Este y Occidente y entre algunas naciones en desarrollo, lo que da considerable crédito a los análisis basados en la estructura del poder político.

Cuando el presidente Gorbachov mencionó la aversión a las guerras nucleares y la salvaguardia del ambiente como valores globales de la humanidad, y los colocó por encima de los intereses de clase, surgió la novedosa idea de reconocer la importancia de la interdependencia, incluso en los tratos Este-Oeste, aunque aún en una etapa incipiente. Desde el punto de vista mediato, es muy probable que este nuevo pensamiento sea el principio del fin de una era de países soberanos y ejercicio excluyente del poder, dos factores que han dominado por igual las relaciones internacionales desde el siglo XVII.

El desarrollo económico del este de Asia y la nueva cooperación regional

HASTA LA DECADA DE 1960, el único país del oriente asiático que había logrado industrializarse era Japón. E, inclusive, por entonces se encontraba todavía en la etapa final de su intento de ponerse al día y alcanzar el nivel de las naciones occidentales avanzadas. Sin embargo, para fines de los 80, la posición que el este de Asia llegó a ocupar en la economía mundial experimentó un cambio casi revolucionario. En los últimos 20 años, Japón ha crecido, desde su condición de mejor y más adelantado estudiante de Asia en materia de modernización, a la categoría de la primera nación acreedora del mundo, con el mayor superávit de todas en comercio internacional. También las NIEs (Nuevas Economías Industrializadas) como Corea del Sur y Taiwán han evolucionado más allá de la etapa de países en desarrollo, hasta llegar al nivel de perfeccionamiento que rápidamente los convierte en una

amenaza económica para Occidente en los sectores más selectos de la producción industrializada. Aunque sus casos no sean tan asombrosos como los de las "NIEs", algunos países pertenecientes a la ASEAN (Asociación de Naciones del Sureste Asiático), y en especial Tailandia, muy pronto se unirán a ellas debido a sus adelantos.

Un desarrollo económico semejante ha contribuido a asegurarle al Este de Asia un estable crecimiento comercial y actividades inversionistas dentro del área, lo que ha originado una nueva identidad regional para sus naciones miembros. Desde fines de la década del 60, la ASEAN fue organizándose y han progresado otros tipos de cooperación en esta zona del Pacífico, que se suman al proceso de formación de esa identidad local. Por otra parte, en años más recientes, Australia y Nueva Zelanda, que habían mantenido muy fuertes lazos tradicionales con Gran Bretaña, han experimentado una nueva conciencia de su pertenencia a los Estados de la cuenca del Pacífico que, como un todo, por primera vez en la historia comienzan a sentir su propia substancia real; y surge el despertar de un sentimiento de filiación regional entre las naciones miembros.

El desarrollo económico de las NIEs y la ASEAN se ha originado en la combinación efectiva de una estrategia de crecimiento guiada hacia las exportaciones que ha sido ejecutada por gobiernos autoritarios y llevada a cabo por el vigoroso espíritu emprendedor de que están impregnados los sectores privados de estas sociedades. Junto con el desarrollo económico, ha crecido su prosperidad. A medida que el pueblo de cada uno de estos países toma conciencia de la fuerza de la economía de su sector privado, aumentan sus reclamos de democratización. No siempre coexisten el desarrollo económico y la democratización política en un ciclo recíprocamente complementario. No obstante, en materia de democratización, todas las NIEs asiáticas parecen estar haciendo procesos estables, mientras sigan siendo graduales, aunque no en forma tan visible y exitosa como en lo que concierne a sus esfuerzos en el campo económico.

El desarrollo mercantil de los países de esta región ha dado origen, sin embargo, a fricciones económicas con el mundo exterior. Casi todos estos países comercian mayormente con Norteamérica, obteniendo así grandes superávits. Por lo demás, Estados Unidos, aunque ha logrado reducir significativamente su déficit a través de su intercambio con otras regiones, el que guarda con Japón y otras naciones del oriente asiático se ha mantenido prácticamente en los mismos niveles. Como resultado, esta zona ha pasado ha convertirse en su primer objetivo para desquitarse, con base en el principio de la reciprocidad. No obstante, comparada con Europa, al Este de Asia le falta todavía una división horizontal interregional de la fuerza laboral y no ha podido construir su propio regionalismo como poderoso contrapeso al de los norteamericanos. Por tanto, si el acceso al gran mercado interno de Estados Unidos les estuviese severamente limitado a estos países, tendrían que enfrentar profundas dificultades económicas y la altamente probable amenaza de descontento político. Es así como Asia oriental, que ha alcanzado un veloz desarrollo en un corto lapso, no sólo ha contribuido a cambiar el orden del comercio internacional sino que, a la vez, ha resultado

ser el área más adversamente afectada precisamente por las consecuencias negativas de ese cambio.

El estancamiento y las directrices de la nueva política

HASTA COMIENZOS DE LA DÉCADA DE 1960, el sistema comunista parecía estar sobrepasando, en el desempeño de su desarrollo económico, a las naciones no comunistas del Este del Asia, con excepción de Japón. Los últimos 20 años han sido testigos, sin embargo, de una transformación diametralmente opuesta. Las NIEs asiáticas y los países de la ASEAN fueron acumulando una asombrosa lista de logros en materia de progreso, en tanto que el crecimiento de China, Corea del Norte, los tres Estados indochinos y la socialista independiente Burma se ha estancado. Muchas de estas naciones comunistas han caído en el grupo de las más pobres del mundo. En la abierta competencia por el desarrollo económico, su sistema ha sufrido una derrota decisiva.

El primer efecto de estos acontecimientos ha sido el de contribuir a la distensión en las penínsulas de Corea e Indochina. Corea del Sur ha podido reclamar una posición superior frente a la del Norte, con fundamento en la nueva categoría internacional que ha ganado gracias al exitoso desarrollo de su economía y a su democratización política. Por otra parte, con la promoción del intercambio económico con Corea del Sur, tanto por parte de la Unión Soviética como de China, se han impuesto muchos frenos a las opciones disponibles a favor de Corea del Norte que, además, a raíz del nuevo acercamiento chino-soviético, ya no puede pescar en río revuelto. Pese a ello, tercamente ha mantenido su política de aislamiento sin mostrar ninguna señal de cambio hacia una liberalización y una tendencia de puertas abiertas. Ello da paso a la posibilidad de que realice actos desatinados de improvisación temeraria, bajo la presión de una supuesta sensación de crisis.

No obstante, los cambios anteriormente mencionados harán que el costo de cualquier experimentación aventurera por parte de Corea del Norte resulte extremadamente alto, ayudando así al relajamiento definitivo de las tensiones en la península.

En Indochina, aunque no existe firme evidencia de que los vietnamitas hayan finalmente abandonado la idea de aferrarse a una posición de influencia en Camboya, han mostrado preocupación por resolver el conflicto cambodiano. La causa más decisiva para este giro en su política es la grave crisis de su economía. El menguado interés del Kremlin con respecto a suministrarle ayuda a Vietnam y los progresos del acercamiento chino-soviético han contribuido a hacer todavía más difícil la situación vietnamita.

De todos estos cambios de posición política, el de China ha sido el más sobresaliente. Luego de sus tumultuosos años de la Revolución Cultural, los chinos han estado tratando de poner en práctica un nuevo sistema al abrir sus puertas al mundo exterior e introducir el mecanismo del mercado en la vida económica de la nación. Para un país comunista, estas jugadas han sido extremadamente valientes bajo cualquier criterio. Sin embargo, el

futuro de esas medidas de puertas abiertas estará sembrado de dificultades, puesto que la reforma económica seguirá impedida sin su correspondiente liberalización política, y, especialmente, si las burocracias del Partido y del gobierno no son reestructuradas. A este respecto, China hizo un "gran salto atrás" con el incidente de la Plaza Tiananmen. Ello significa que, durante un largo tiempo por venir, estará forzada a enfocar su atención en los asuntos internos del régimen. De ahí que sea muy improbable que surja como poderosa competidora de las "NIEs" asiáticas y de los países de ASEAN en un futuro cercano.

Pese al reiterado énfasis que el presidente Gorbachov ha puesto en la necesidad de expandir el intercambio económico con el oriente de Asia, los lazos de las naciones de esta región con la Unión Soviética no son de particular importancia por el momento y no hay mucha probabilidad de que lleguen a convertirse en algo realmente significativo a corto plazo. Del comercio total de la URSS en 1987, el 62 por ciento fue realizado con los países del COMECON, en tanto que permaneció en el 2.5% con Japón, en el 0.2% con China, y únicamente en el 0.1% sumando el grupo ASEAN y las "NIEs". Algunos de los factores que entorpecieron el desarrollo del intercambio entre los soviéticos y el Este de Asia fueron el estancamiento de las reformas económicas y la subsistencia de un sistema rígido y cerrado; la grave escasez de monedas extranjeras y la exagerada importancia concedida a la necesidad de equilibrar las cuentas comerciales bilaterales; y las dificultades de Siberia Oriental para lograr su desarrollo económico. Es inconcebible que tales problemas desaparezcan en un corto límite de tiempo. El surgimiento real de la Unión Soviética como miembro plenamente libre de la cuenca del Pacífico, aunque posible a la larga, requerirá muchos años.

Conclusión

NADIE DISCUTE LA TRASCENDENCIA de unas buenas relaciones entre Japón y Estados Unidos. Sus economías combinadas representan el 40 por ciento de la del globo entero, y ambos están a la cabeza de la innovación tecnológica mundial. Su cooperación recíproca no sólo contribuye enormemente a aumentar la seguridad y el bienestar mutuos, sino que tiene además repercusiones decisivas en la paz y el desarrollo de los demás países de la tierra. Si llegaren a enfrentarse uno contra el otro, las consecuencias no se reducirían únicamente el daño que se inflingirían mutuamente: muy probablemente, sabotearían a la vez la estabilidad y la prosperidad de todo el planeta.

No obstante, en los últimos tiempos han arreciado las críticas entre ambas naciones. Esta peligrosa tendencia está estrechamente relacionada con el giro tomado por el equilibrio del poder que comparten y reflejado en la desproporción de su comercio masivo, la rápida expansión en Estados Unidos de las inversiones del Japón, añadida a la gran ventaja competitiva japonesa en diversas áreas. Es comprensible que los ciudadanos norteamericanos, por mucho tiempo acostumbrados a su posición de dominio mundial, se sientan hoy en día resentidos y en peligro por el súbito ascenso de su rival a la preeminencia. Más aún, no es difícil entender la reluctancia de Estados

Unidos, que prácticamente jamás ha experimentado el sometimiento a otra nación, a aceptar una interdependencia. A la sociedad norteamericana, en su actual condición psicológica, le atrae asestarle golpes a Japón. Esto, a su vez, ha provocado rechazo y exasperación entre los nipones.

El tipo de reacción en cadena creada por estas críticas y el consiguiente desafío sólo sirve para empeorar la situación. Estados Unidos no deberá buscar un chivo expiatorio externo, sino ocuparse de corregir los problemas que existen en su propia economía doméstica. La fuente fundamental del desequilibrio macroeconómico entre los dos países no radica en el carácter cerrado del mercado japonés, sino en el permanente gasto deficitario del gobierno estadounidense y la baja tasa de los ahorros del sector privado.

Y hay varias cosas que podría y debería hacer Japón para mejorar sus relaciones con Estados Unidos. Ante todo, eliminar lo más pronto posible cualquier clase de barrera vigente contra el acceso al mercado. No resultará efectivo para corregir el desequilibrio comercial, pero sí les arrebatará este argumento a quienes se empeñan actualmente en desprestigiar a golpes a Japón, cuyos consumidores, por lo demás, se verán beneficiados. Por otra parte, al hacerlo, los japoneses contribuirán al éxito de las negociaciones de la Ronda de Uruguay puesto que fortalecerán a los regímenes de libre intercambio. En segundo lugar, Japón debe expandir sus responsabilidades para aportar algo más a la paz y a la estabilidad del mundo. Ello podría contemplar un prodigioso aumento de su ayuda extranjera, una participación más activa en las actividades relacionadas con la conservación de la paz en regiones golpeadas por diversos conflictos, y un incremento de su apoyo, como nación anfitriona, a las fuerzas norteamericanas desplegadas en el Este de Asia.